
JOSEPH DE MAISTRE

Lourdes Quintanilla Obregón

El escritor que se mantiene en el círculo de la lógica severa, no ofende a nadie. Sólo hay una venganza honorable: razonar contra él, mejor que él.

Joseph de Maistre

“De Maistre y Edgar Poe me han enseñado a reflexionar”, decía Charles Baudelaire. Cioran prologa las obras completas del “más apasionado y más intolerante de los pensadores”. Isaiah Berlin comenta: “Una de las formas reaccionarias más sombrías así como de las más interesantes e influyentes”. Joseph de Maistre fue un teórico de la autoridad y, por lo tanto, de la obediencia. Defensor a ultranza del poder y de la iglesia, no tuvo más remedio que mostrarlos tal cual eran. Un clásico de la teoría política que nos permite comprender la atmósfera de la contra-revolución francesa, la otra cara de la moneda de la Gran Revolución. Un ultraderechista enemigo acérrimo de los liberales pero también discípulo de la Enciclopedia, la Ilustración y el Iluminismo. Los hombres que más tarde veremos asépticamente separados en las historias como ilustrados, revolucionarios, contrarrevolucionarios tejerán unos y otros, amigos u hostiles en el fondo, el paño de la nueva época.

Joseph de Maistre (1753-1821) nació en Saboya. Sufrió una breve crisis de entusiasmo revolucionario en 1789. Fiel súbdito del rey de Piamonte-Cerdeña, abandonó su patria ocupada por los franceses yéndose a Suiza y representando posteriormente a su rey cerca del Zar. En Rusia escribió sus dos obras principales: *Las Veladas de San Petersburgo* y *Del Papa*. Pero desde 1797, lo esencial de su doctrina está contenida en las *Consideraciones sobre Francia*, la primera gran obra de la contrarrevolución francesa.

En su juventud, De Maistre frecuentó asiduamente los círculos francmasónicos en torno al conde Louis Claude de Saint Martin, el “teósofo elegante”, que formuló por primera vez la salvadora fórmula político-religiosa de la Revolución: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”. El iluminismo fue una de las combinaciones más notables de la religión tradicional y de la fe moderna. Creían los iluministas en el sentido secreto que se mantiene en la tradición primitiva y que es sólo accesible a los iniciados, en el dogma de “la caída”, en la regeneración e integración del hombre con el Ser Primero y en la concepción unitaria y analógica del universo. Contra el deísmo filosófico que rebajaba a Dios y con *Él* a su creatura, opusieron los iluministas el “divinismo”, es decir, la convicción profunda de la naturaleza divina del hombre. El movimiento teosófico, cuya importancia no puede ser subestimada en la historia de las ideas, ha sido poco estudiado y comprendido. En este ensayo, me limito a señalar sus características principales.

La especulación religiosa íntimamente ligada a la interpretación de los acontecimientos de la época, llevó a Saint Martin a considerar a la Revolución Francesa como parte del plan de la Providencia. Los golpes asestados a la nobleza y al clero eran, así, sólo efectos de la justicia divina. Se felicita al Conde de la decadencia del sacerdocio católico completamente alejado de su reino espiritual y de la destrucción de los poderes civiles. La Revolución, “juicio final en miniatura”, era un castigo por haber olvidado al Ser Supremo. La providencia velaba por Francia, acudiendo en su socorro. Nada escapaba a sus designios, nada a su previsión.

De Maistre recurrió también a la Providencia para hacer un juicio severo y terrible contra la Revolución: Dios castigó las novedades culpables. En sus *Veladas de San Petersburgo*, criticó al iluminismo por “su aversión a toda autoridad y jerarquías sacerdotales”. La Revolución destruyó toda autoridad, “base de nuestro sistema”, decía. Los franceses se atrevieron a tocar las leyes fundamentales del Estado y atentaron contra la soberanía.

La concepción providencialista puede hacer sonreír a los ateos y estremecer a los creyentes. Pero el recurso a la Providencia tenía ya una larga historia. En plena modernidad, liberales tan distinguidos como Benjamin Constant y Alexis de Tocqueville la utilizaron frecuentemente. El providencialismo tiene sus ventajas: permite bajo el patrocinio divino una mezcla de pensamientos, de tonos tradicionales o innovadores, cuya prescripción cada quien puede regular y utilizar de acuerdo a su particular visión del mundo. Hoy, la Providencia ha sido

sustituida por la Razón, el Espíritu Absoluto, la Historia o la Ciencia. Tal parece que no se puede explicar el proceso histórico sin una brizna de teología o sin determinismos.

Las ideas de De Maistre en torno de los asuntos humanos se basaban en su antropología filosófica. Los hombres son libres pero bajo la mano divina: “libremente esclavos —decía— operan todos a la vez voluntaria y necesariamente: hacen lo que quieren pero sin modificar los planes generales”. La Revolución era una fuerza que parecía vencer todos los obstáculos. Conducía, golpeaba, confundía. A veces, parecía que los hombres actuaban sin saber por qué. Robespierre, a juicio de De Maistre, nunca pensó que iba a establecer un gobierno revolucionario y el Terror. “Este hombre mediocre, escribía, ejerció el más terrible despotismo urgido por las circunstancias”. Mirabeau pudo agitar a la multitud pero no pudo contenerla. Tal parece que la Revolución “iba sola” y contagiaba a todos con su espíritu.

Para Saint Martin y para De Maistre, la Providencia en sus impenetrables designios empleó los instrumentos más viles para castigar. La Revolución vista como la crisis final que precede a la construcción de un nuevo orden para el primero, o un retorno al antiguo para el segundo. Castigo necesario a una sociedad enferma para que expiara sus culpas y se regenerara. Admiración u horror que revelan la concepción profundamente religiosa de la Revolución Francesa y que también advirtió Michelet posteriormente. Al mismo tiempo, elevaron ambos pensadores el fenómeno revolucionario a la categoría de un hecho extraordinario querido y conducido nada menos que por la Providencia.

Para De Maistre la Revolución fue el *Mal* necesario que, sediento de sangre, no perdonaba ni a culpables ni a inocentes. El clero sufrió la pérdida de sus propiedades y fue obligado a prestar el juramento constitucional. La tiranía fue un medio para devolver la salud a los eclesiásticos porque necesitaban regenerarse. La violencia en el mundo es normal y lo raro es la paz. Decía De Maistre: “no hay más que violencia en el universo y el mal reina sobre la tierra”. Sólo los filósofos progresistas creían que todo estaba bien y que todo sería mejor. Para demostrar que siempre había sido así, De Maistre inscribió todo su trabajo en la historia y opuso los hechos violentos que se habían sucedido al optimismo de los ilustrados. Cabía un consuelo: toda violencia y todo castigo purifica y el “Amor Eterno” volcaba el desorden contra el principio del mal. La Revolución “satánica” castigaba a Francia por su impiedad.

Si los hombres eran meros juguetes de la Providencia y estaban tan íntimamente unidos a la divinidad, había que reforzar el espíritu religioso para no disolver el orden social. Para De Maistre el orden estaba roto, las instituciones tradicionales en quiebra, el clero abatido. Y se convirtió en un defensor a ultranza de las religiones: "De una manera o de otra Dios ha hablado a todos los hombres y no hay sistema religioso enteramente falso, sólo alterado o degradado a medida que se aleja de la Gran Tradición primordial", es decir, del Cristianismo. "La verdadera religión, decía, tiene más de dieciocho siglos. Nació el día en que nacieron los días y durará tanto como ellos". La religión vista por él como el origen de la cultura, las instituciones políticas, las artes y las ciencias. Europa, según De Maistre, sólo podía explicarse por el cristianismo.

De Maistre volvió al origen, a una supuesta Edad de Oro evocada como espacio de Dios y por encima de cualquiera otra circunstancia cultural. Como nostalgia de la unidad divina que ha sobrevivido más allá de las devastaciones del tiempo y de la civilización. La degradación del hombre se explicaba por el pecado original, por la "caída", sin la cuál no se explicaba la Redención. Contra los ilustrados que consideraban que el hombre se había elevado gradualmente de la barbarie a la civilización y que podía progresar al infinito gracias a las bondades de la razón, De Maistre opuso la funesta inclinación al mal del hombre enfermo por el pecado. Rousseau, decía, no entendió nada: "el salvaje no es el hombre primitivo sino el descendiente de un hombre civilizado que pecó".

Para explicar esta situación, De Maistre tuvo que inventar una "segunda caída" en virtud de una degradación accidental y paulatina, para justificar así a la Providencia que hizo libres a los hombres y, al mismo tiempo, para justificar el origen glorioso del universo. Los hombres, para De Maistre, conscientes de su miseria y de su grandeza, quieren regresar al estado primitivo que les advierte lo que fueron y lo que son. Según esta concepción, "el estado de civilización y de ciencia es el estado natural y primitivo del hombre", comentaba. Sólo los modernos se han servido del salvaje para sus vanas y superfluas declaraciones. La sabia antigüedad no conoció ni la barbarie ni la ignominia (ambas son modernas). El divinismo persiste en los hombres quienes, a pesar de sus pecados, suspiran por el retorno de esa hipotética Edad de Oro para alcanzar la unidad y la armonía. La Caída los ha separado de su Creador, pero todo tiende hacia el estado primitivo, es decir, a la unidad que supera lo opuesto y lo separado como resultados del mal.

¿Cómo explicar la idealización del origen en pleno Siglo de las Luces? Edad de Oro y progreso son concepciones irreconciliables, pero dentro de su evidente contradicción coexisten y se combinan sin cesar. La fe de los filósofos, si bien es cierto que suprimía el abismo de la Caída y laicizaba el Edén teológico, atribuía al hombre una grandeza intrínseca, natural, para fundamentar la esperanza de una nueva Edad de Oro gracias a la razón. Vuelta o devenir para alcanzar el Paraíso y rechazo del presente que se inmolaba en aras de un ideal.

Pensaba De Maistre que la filosofía moderna había convertido al hombre en un prisionero de los espejismos de la razón y de la creencia ciega en el progreso. Había algo en la naturaleza humana que impedía conformarse con la ciencia y con las luces. A la religión laica de los filósofos le faltaba una característica fundamental: la primacía de lo sobrenatural, que permitía explicar lo inexplicable y daba sentido a la existencia. El mundo visible íntimamente unido al invisible le estaba vedado a la razón. De Maistre comprendió muy bien que la religión laica era impotente para explicar el misterio de la vida y de la muerte y que, por lo tanto, no podía satisfacer las necesidades profundas de los hombres.

Ante una filosofía que despojaba al mundo de lo sagrado, De Maistre opuso la intuición, facultad suprarrazional: “una de mis ideas favoritas, decía, es que el hombre está comúnmente advertido por un sentimiento interior de la verdad o falsedad de ciertas proposiciones antes de todo examen”. Las ideas innatas son nociones originales comunes a todos y sin las cuales no habría hombres. De Maistre quiso unir al individuo con su Principio (Dios) y a la especie con su origen: universo de arquetipos, la “verdadera patria”. Metafísica y cosmogonía se unen en *Las Veladas de San Petersburgo* para charlar sobre los problemas de la condición humana y sus eternos interrogantes con la “certeza de la intuición”. Las conversaciones entre el Conde, el Senador y el Capitán durante las noches tranquilas a orillas del Neva, guiadas por un penetrante y lúcido análisis, parecen visualizar el inevitable derrumbe del orden sagrado. De Maistre adivinaba el porvenir: la muerte de Dios y los hombres sin alma. Contra la “teofobia” de los filósofos, volvió al Ser Supremo que mueve a los ángeles, a los hombres y a la materia. El hombre es libre porque así fue creado y se mueve libremente. Si quiere volver al *Origen* basta que lo desee. La oración es el deseo, “pasión de la voluntad”.

De Maistre volvió a las páginas del Antiguo Testamento para enaltecer al “Dios de los Ejércitos”, enteramente opuesto al Dios de los filósofos. La “ley de

la guerra” pesa sobre todo el Universo y la violencia reina en el mundo vegetal y animal. El hombre, “animal superior”, con su mano destructiva mata para sobrevivir: “rey soberbio y terrible, tiene necesidad de todo y nada se le resiste”. Como “inocente asesino y preso de furor divino”, se lanza al campo de batalla sin saber ni lo que quiere ni lo que hace, como un ser pasivo, como un instrumento, sin saber ni siquiera de quién.

El enigma de la guerra lo explica De Maistre como una ley divina: “Dios avanza para vengar la iniquidad que los habitantes del mundo han cometido contra Él”. Tratar de explicar la guerra por la razón o por los planes estratégicos es pura ingenuidad. “La historia, decía, esta llena de acontecimientos inconcebibles que desconciertan las más bellas especulaciones”. ¿Quién puede explicar que honrados ciudadanos se lancen al combate y maten con orgullo? ¿Quién puede explicar la pasión del miedo? Miles de tratados de paz han sido escritos pero todos han sido inútiles. Los hombres nunca se pondrán de acuerdo para convivir pacíficamente. Aceptemos que la violencia es una ley del mundo: el fatalismo de la “Caída”.

En una imagen terrible, De Maistre analiza al *Verdugo*: ¿es acaso un hombre? Sin embargo, ningún régimen sobre la tierra ha podido prescindir de él. Lo necesita para asegurar la estabilidad: “toda grandeza, todo poder, toda subordinación reposan sobre el Ejecutor de la justicia: es el honor y el lazo de la asociación humana”. Dios instituyó la ley del castigo para abatir el mal que actúa sobre la tierra. La espada desnuda del *Verdugo* es el emblema más importante de la soberanía. La crueldad de la imagen pone en evidencia a los apoyos del orden. Todo poder, parecía insinuar De Maistre, tiene en sus manos la vida y la muerte de los súbditos.

La antropología filosófica, el Dios de los ejércitos, la Providencia que gobiernan al mundo explican las concepciones maistreas sobre la autoridad y la obediencia. Político por temperamento y sagaz observador de las sociedades bajo todos sus aspectos, no perdió jamás de vista el lado político de los temas que abordaba. Cuando emprendió su crítica contra la modernidad, puso al desnudo las propuestas de los innovadores con una lógica implacable. De Maistre desconfiaba de las teorías y se apoyaba en la experiencia concreta. “Como toda ciencia, decía, la política también tiene sus misterios”. Puso ejemplos: la monarquía hereditaria, extravagante en teoría, la mejor en la práctica. Se podían esgrimir miles de argumentos para tratar de establecer que la soberanía residía en el pueblo. Los que así discurrían, olvidaban que la soberanía “siempre se toma,

jamás se da". Las teorías pregonaban la bondad de las constituciones escritas por los notables después de largas deliberaciones. Falso, decía De Maistre: "el pueblo mejor constituido es el que menos leyes redacta y toda constitución escrita es nula". Simple y sencillamente: si la constitución se deja en manos del soberano, la anula cuando se le da la gana, 'puesto que siempre se ha considerado muy por encima de la Ley'. Sólo los optimistas creen que todo puede mejorar.

De Maistre rechazó que se trasformara la relación natural entre el Príncipe y el pueblo y que, según él, funcionó muy bien en Francia desde la Edad Media. Recordó los Estados Generales que convocaron los monarcas. En el origen mismo de la Revolución, nadie pensó en cambiar esa relación. Ahora, en Francia se quiere cambiar todo. Los progresistas hablaban de fundar una república y olvidaban la experiencia histórica que decidía todas las cuestiones. "En el mundo, decía, sólo se ha visto la monarquía y a veces la república". Inglaterra hizo una revolución pero no suprimió al Rey. Era un error ampliar la representación nacional que sólo revela el escaso conocimiento que los legisladores tienen de los hombres. No por mucho deliberar va a llegar la democracia, sugería De Maistre.

Ahora bien, ¿Qué es una república, en la práctica concreta y sin tomar en cuenta los sofismas de la teoría? Decía el autor con el mayor cinismo: "es un país más o menos vasto, gobernado por un cierto número de hombres que se autodenominan: *La República*". Pero los que se nombran son siempre los de arriba y todo a nombre de la nación: "gran palabra infinitamente cómoda para que se pueda hacer con ella lo que se quiera". Desde el poder republicano se habla siempre de libertad, a nombre del pueblo, "que sólo es y ha sido para ellos un elemento pasivo, que siempre acepta, que nunca escoge y jamás obtiene lo que desea". En pocas palabras: en la república una minoría es soberana y todos los demás son súbditos. ¿Dónde está en Francia el pueblo soberano? De Maistre lo buscó por todas partes y sólo lo encontró en el reino de la teoría.

Para De Maistre todo había sido destruido en Francia. No había soberanía. Todo era ficticio, todo era violento. Era una locura pensar que una Asamblea que se autodenominaba soberana pudiera constituir una nación e improvisar leyes fundamentales. "Ninguna gran institución, señalaba, resulta de una deliberación". Francia tenía su antigua constitución que "si no se ejecutaba, era culpa de los franceses y entonces no hay para ellos ninguna esperanza de libertad". Y el reaccionario De Maistre evocaba a Maquiavelo: "cuando un pueblo no saca

partido de sus leyes fundamentales, es inútil que busque otras: es señal de que no está hecho para la libertad o que está irremediabilmente corrupto”.

De Maistre criticó duramente los Derechos universales del hombre. En Francia, decía, han hecho tres constituciones para el hombre en abstracto. Sin embargo, “no hay hombre en el mundo. He visto en mi vida franceses, italianos, rusos, etcétera. Sé también, proseguía, gracias a Montesquieu, que se puede ser Persa, pero en cuanto al *Hombre*, declaro que nunca he visto uno en mi vida”. Rechazaba, por lo tanto, “los trabajos escolásticos para ejercer el espíritu” y reivindicaba lo particular, lo único, lo singular frente a la pretendida universalidad.

La mejor constitución, a juicio de De Maistre, era aquélla que respondía al “espíritu del pueblo” y apelaba a Montesquieu para definir su ideal: “Dadas la población, las costumbres, la religión, la situación geográfica, las relaciones políticas, las riquezas y las buenas y malas cualidades de una cierta nación, encontrar leyes que le convengan”. Sólo se constituye lo que es y lo que ha sido. Los verdaderos legisladores conocen la experiencia histórica de un pueblo y actúan con instinto, con fuerza moral. Las teorías en boga aprendidas en los libros de los filósofos no sirven para nada y menos para fijar en un código las leyes fundamentales de una nación.

Desde fines del siglo XVIII se acentuaba el nacionalismo. La Revolución francesa exaltó un ferviente nacionalismo político-religioso: la bandera tricolor, himnos y fiestas patrióticas. Francia se convirtió en un *Todo Único* —como decía Sieyès—. El centralismo permitió la unificación política de la nación y las campañas militares dieron la mayor gloria de Francia. El altar de la patria justificaba esfuerzos y sacrificios. Europa se defendió de las “ideas exóticas” y de los ejércitos franceses exaltando a ultranza su singularidad. Baste recordar a Edmund Burke cuyas *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* constituyeron una apasionada defensa de las instituciones fundamentales de Inglaterra frente a las novedades del continente. Herder, en Alemania, afirmó el idioma, las costumbres y la fisonomía de los pueblos. La llegada al poder de Napoleón, “el gendarme corso” como le llamaba De Maistre, exacerbó el romanticismo político. En su exilio en Rusia, De Maistre exaltó a Francia hasta el paroxismo: elegida por la Providencia que velaba continuamente por ella; “la monarquía de la lengua francesa”, su historia, literatura y poesía. La misión de Francia era salvar a Europa de la impiedad y ponerse a la cabeza de la Cristiandad.

En medio de tantas dificultades, el culto al pasado aparecía como el único consuelo. Si no había esperanza, sólo quedaba la vía abierta al recuerdo, proteger lo adquirido y guardar lo que amenazaba perderse. Conservatismo emocional, recuerdos imborrables, lugares sacralizados. Preservar ese pasado y esperar las maravillosas posibilidades de revivirlo. Escuchemos a De Maistre: “¿Queréis ser grandes y poderosos? Contradecid sin cesar el espíritu de novedad y de cambio hasta en las cosas más pequeñas: dejad colgar en vuestros muros las tapicerías de vuestros abuelos... Vuestro tiempo, sí debe venir, vendrá naturalmente y sin esfuerzos”. Cada nación debe conservar su disciplina interna, los usos de su derecho público “que se han amalgamado desde hace tiempo con el carácter y las leyes de la nación”, señalaba De Maistre. Todo lo que es legítimo, en suma, se hace siempre de manera insensible.

Para De Maistre, era absolutamente necesario conservar la organización política que se habían dado sus mayores. Es decir, al Estado: “misma cosa continuada, siempre el mismo, no altera su identidad con el tiempo, siempre es *Uno*”. El origen común explica a la nación: “no sé que comunicación de esencia y de cualidades que se extiende a todos los individuos que la forman”. Todo concreto y único, comunidad original, identidad oculta y misteriosa, unidad perfecta. De Maistre incitaba a la veneración por esa comunidad orgánica donde nos ha tocado vivir y evitar todo cambio que pusiera en peligro su existencia. El paradigma maistreano, sin saberlo, está en el fondo de todos los nacionalismos posteriores.

Se comprende que el autor odiara profundamente las revoluciones. “La *Historia*, afirmaba, no tiene más que un grito para enseñarnos que las revoluciones iniciadas por los hombres más sabios, siempre las terminan los locos, que los autores siempre son las víctimas y que los esfuerzos de los pueblos para crear o acrecentar su libertad, terminarán siempre por arrojarlos”.

Ahora bien, las concepciones maistreanas respondían a muchas inquietudes. Se veía con horror una revolución que había derrumbado verdades convencionales y se pretendía recobrar las “memorables” virtudes del Antiguo Régimen: el inmovilismo político y la permanencia dinástica. Cuando los Borbones regresaron a Francia y se instauró el Congreso de Viena, las propuestas del reaccionario De Maistre eran bastante modernas. Es decir, coincidían con las aspiraciones de muchos sectores abatidos por las derrotas napoleónicas en una Francia dominada por los aliados. Luis XVIII se rodeó de consejeros ultradere-

chistas y los liberales tuvieron que hacer frente a los conservadores en la tribuna y en la prensa en medio de agitadas tormentas políticas que amenazaban las conquistas revolucionarias. Sin un estudio atento del claroscuro político donde a veces es difícil distinguir los matices, no se puede comprender el liberalismo francés.

En su último libro *Del Papa*, De Maistre buscó un principio de autoridad válido para todos los tiempos, y en especial para la agitada política europea de su tiempo. Insuficientes el derecho natural y la tradición para remediar los conflictos, recurrió al concepto antiquísimo del “derecho divino” expresado en las Escrituras y en la Iglesia. A través de una detallada explicación histórica, exaltó De Maistre a la Santa Sede que, a lo largo de los siglos, había sorteado tormentas y tempestades y siempre había salido airoso a pesar de las apariencias. Su gobierno era un paradigma de sabiduría política. La fuerza irresistible del Papado la encontró De Maistre en la *Soberanía*.

Para explicar la *Soberanía*, De Maistre partió de una premisa: “El hombre en su calidad de ser a la vez moral y corrupto, justo en su inteligencia y perverso en su voluntad, debe necesariamente ser gobernado”. El estado natural del hombre es la sociedad y la soberanía también es natural. El pueblo y el gobierno están hechos para que haya una soberanía. Por lo tanto, el pueblo está destinado a la obediencia.

De Maistre, como siempre, acudió a la historia y encontró diversos tipos de soberanía que resumió en dos tipos principales: “La raza de Jafet —se refería a Europa— no ha cesado de gravitar hacia lo que se llama libertad: estado en el cuál el gobernante gobierna poco y el gobernado tan poco gobernado como sea posible”. Siempre en guardia contra los amos, los europeos les quieren poner límites: leyes y constituciones. En cambio los de la raza de Sem y Cam —Asia— son mucho más prácticos y les dicen a sus gobernantes: “Haced lo que queráis y cuando nos cansemos los ahorcamos”.

Si la soberanía es natural y necesaria, el gran problema político sería entonces: ¿cómo restringir el poder soberano sin destruirlo? Las leyes no resuelven el problema por la sencilla razón práctica que siempre adujo De Maistre: todo depende de quiénes las formulen y las ejecuten. Si el gobierno no es lo suficientemente fuerte, cualquiera puede utilizar las leyes en su propio beneficio. ¿Quién puede asegurar que se cumpla la Constitución? El soberano siempre está por

encima de ella y puede utilizarla a su antojo. Si nos atenemos a la experiencia histórica, sabemos que nunca se ha podido controlar al poder. Inglaterra era una excepción. Francia hizo una Revolución sangrienta que no sirvió para nada, según De Maistre. Llegó Napoleón y el pueblo vive en la servidumbre no en la obediencia.

¿Se puede combatir la soberanía si se convierte en una insoportable tiranía? La respuesta no es fácil. ¿Cómo? ¿Quiénes deciden cuando se cometen abusos intolerables? Y con un impresionante escepticismo político, De Maistre, lejos de convertirse en un defensor a ultranza de la autoridad, la pone en evidencia: “Yo nunca he dicho que el poder absoluto no traiga grandes inconvenientes bajo cualquier forma que exista en el mundo. Lo reconozco... y no pienso de ninguna manera atenuarlos. Digo, solamente, que uno se encuentra colocado ante dos abismos”. O poder absoluto, o anarquía. No hay términos medios. Se puede disfrazar el poder a nombre del pueblo. Se puede recurrir a símbolos para legitimar la autocracia. Pero el poder siempre es igual a sí mismo, como fatalidad natural y necesaria en el mundo.

Señala De Maistre que todas las soberanías son absolutas e infalibles. Nunca se ha permitido decir que se equivocan y el poder nunca ha aceptado un “hasta aquí”. Un ejemplo: Inglaterra. En ese país excepcional también la soberanía es ilimitada. “Está limitada la monarquía, decía, que no es toda la soberanía por lo menos en teoría. Cuando los tres poderes que constituyen la soberanía están de acuerdo ¿qué pueden hacer? Hay que responder con Blackstone: *Todo*. ¿Qué se puede hacer legalmente contra ellos? *Nada*”.

Sin embargo, pensaba De Maistre; se podría encontrar un posible equilibrio en un mundo que giraba perpetuamente entre el despotismo atroz o la anarquía sangrienta: dejar al cuidado de la Santa Sede el control de los poderes civiles. La suprema autoridad espiritual de Europa vigilaría y por medio de intervenciones limitadas y excepcionales podría contribuir a lograr ese milagroso equilibrio y asegurar la unidad de la Cristiandad. El Papa no se convertiría propiamente en un monarca universal, pero prestaría a los reyes “todo el poder que no supone la tiranía propiamente dicha y al pueblo toda la libertad que no excluya la obediencia”.

Proponía De Maistre una *Soberanía* por encima de todas las soberanías y que se justificaba por derecho divino. Si bien se mira, para los católicos el Papa detenta un privilegio: mediador entre el pueblo cristiano y Dios, está situado en el nivel superior de la jerarquía de los poderes entre los reyes terrenales y los

poderes celestes. Este poder “mágico” que acompaña al Vicario de Cristo explica su influencia perenne y su excepcional importancia a través de los siglos. Sólo el Papa, según De Maistre, podía poner algún límite a un poder que gobierna y no es gobernado, que juzga y no es juzgado, necesario y absoluto. El pontífice como árbitro supremo de la “soberanía que debe vivir siempre, vigilar siempre y actuar siempre”.

La soberanía es *Una e Indivisible* reafirmaba De Maistre. En la Iglesia, el Papa preside los concilios y sólo él puede disolverlos. Bastaba, a juicio del autor, que el Sumo Pontífice abandonara la sala dónde se celebraban las reuniones y entonces ya no habría concilio sino una simple asamblea. En Inglaterra, aun cuando el Parlamento y el Rey formaban la soberanía “ningún inglés razonable quisiera ver a su país gobernado por un Parlamento sin Rey. Sería un *non-sense*”. Es decir, puede haber asambleas y concilios que moderen pero sin el *Uno* carecen de validez. Ningún poder acepta la oposición o la arbitrariedad. Se limita a escuchar si quiere y actúa como mejor le parezca. Y con su habitual escepticismo político respecto a todos los poderes, afirmaba: “Si se les juzga por lo que pueden hacer, sin hablar de lo que hacen, habría que abolirlos a todos.”

La soberanía pontifical es la condición esencial para la supervivencia de la Iglesia. Quien se atreva a cuestionarla atenta contra el representante de Dios en la tierra y se convierte en sedicioso o en hereje. Fuera de la Iglesia no hay salvación. Nadie como De Maistre lo demostró mejor. Se dice que cuando leyeron *Del Papa* en el Vaticano, los teólogos se molestaron por la apasionada defensa maistreana. Pero cuando se termina de leer el libro sólo se puede estar de acuerdo con Cioran que dice: “uno se sumerge en las delicias del escepticismo o se convierte en un defensor de la herejía”.

Los políticos “reaccionarios” son lúcidos e insoportables. No tienen necesidad de disfrazar sus convicciones ni hablar a nombre de los demás. Saben que, al fin y al cabo, cada quien habla por sí mismo y bajo su propia responsabilidad. No se hacen ilusiones respecto a la condición humana. Para De Maistre, el hombre es un exiliado en la tierra. Sólo en unión con los demás, en la religión y en la virtud, “todo acto puro sacrifica el interés particular al interés general”, puede aspirar el ser humano a su verdadera patria bajo la férula de la autoridad civil y religiosa, sin atreverse a cuestionar el misterio de la obediencia.

Tal vez, la diferencia profunda entre liberales y conservadores se encuentre en su antropología filosófica. Optimismo y pesimismo que se traducen en diversas posiciones políticas. Los primeros creyeron en la gradual perfectibilidad de la especie humana gracias a las bondades de la razón y fervientes defensores de la dignidad humana condenaron cualquier forma de despotismo. De Maistre les recordó que había límites y contradicciones insuperables y que la violencia y el mal reinan sobre la tierra. Desgarró el velo del poder y afirmó la necesidad irremediable de la autoridad y, por lo tanto, de la obediencia. "Estamos en el abismo", decía De Maistre en plena Edad Moderna o Edad de la Razón. Porque sabía que el razonar conduce inevitablemente a la duda y que la convicción es inalcanzable. Por ello, rechazó categóricamente que los hombres pudieran actuar como si fuera posible lo imposible y decidieran el cambio contra toda esperanza. Su concepción estática del mundo negaba lo diverso y lo plural.

Como todos los clásicos de la teoría política, De Maistre partió del hombre. De allí, su anacronismo y su actualidad, sus límites y sus aciertos teñidos por la pasión y la intolerancia de quien se cree poseedor de la verdad y evita obligarse a la reconciliación de las diferencias.

Bibliografía consultada

- Paul Benichou, *La coronación del escritor, 1750-1830*, FCE, México, 1981.
- Isaiah Berlin, *Contra la corriente*, FCE, México, 1983.
- Cioran, *Exercices d'admiration*, Collection Arcades, Gallimard, Paris, 1986.
- Joseph de Maistre, *Considérations sur la France*, Editions Complexe, Paris, 1988.
- Joseph de Maistre, *Les Soirées de Saint Petersburg our Entretiens sur le gouvernement temporel de la Providence*, Editions de La Maisnie, Paris, 1980.
- Joseph de Maistre, *Du Pape*, Droz-Geneve, 1986.